

Operaciones muy sencillas —pero que el tiempo nos impide hacer—, dentro de cada sección, podrían mostrar la importancia diferencial que en los estudios uruguayos han tenido las obras generales referentes al desarrollo de la estratificación; las que se refieren a la esclavitud y a su abolición; a la relación entre la clase, el poder político y las ideologías; a las generalidades sobre la estratificación contemporánea; a las clases rurales y a las urbanas; a las condiciones de vida de las clases, a las organizaciones, a las ocupaciones, así como el peso diferencial de la documentación estadística frente a la biográfica y genalógica y frente a la legislativa.

De hojear la bibliografía queremos recoger una nómina de obras que, por su título, creemos resultaría de interés conociera el estudioso, latinoamericano o no, que deseara conocer aspectos de la vida uruguaya. La nómina estaría constituida por *La Civilización del Uruguay*, de H. Arredondo; *Estructura Social de la Colonia* (comentada aquí), de Sergio Bagú; *El Alma Uruguaya*, Las Revoluciones, Su génesis, su proceso y su remedio, de C. Bonet; *el Uruguay Contemporáneo*, de N. Estrada; *la Formación Histórica de Uruguay*, de M. Falcas Esjalter; *el Uruguay*, de W. H. Koebel; *la Evolución del Pueblo Uruguayo*, de J. Salgado; *la Historia del Uruguay*, de F. Pintos; *la Historia de los Partidos en el Uruguay*, de J. E. Pivel Devot; *la Utopía en Uruguay*, de S. Hansom; *el Ensayo de Sociología Uruguaya*, de Carlos Rama (que vino a México y nos dejó un estudio de gran importancia en Fondo de Cultura Económica), y de A. Zum Felde, *Evolución Histórica de Uruguay. Esquema de su Sociología*.

La bibliografía cumplirá indudablemente sus propósitos de ayuda al investigador y por ello cabe felicitar a sus directores y autores por su esfuerzo meritorio y sus logros.

SOLARI, Aldo E.: *Las Ciencias Sociales en el Uruguay*. Centro Latinoamericano de Pesquisas en Ciências Sociais. Publicação N° 4. Rio de Janeiro, 1959. pp. 173.

Junto con Isaac Ganón, Carlos H. Rama, Dionisio J. Garmendia, el doctor Aldo E. Solari forma parte del grupo de sociólogos uruguayos de cuya actividad hemos oído hablar más en México en estos últimos años. Y, así como a nuestros ojos Ganón es fundamentalmente el teórico de la Sociología —sin que desconozcamos la importancia de sus otras aportaciones—, es Carlos H. Rama probablemente el más erudito y el más inquieto, Dionisio J. Garmendia el más preocupado por la investigación Social concreta y Aldo E. Solari quien más se caracteriza por la modulación nacional de sus estudios.

Lo que aquí nos ofrece Solari es un panorama general de las Ciencias Sociales en el Uruguay que sectorialmente nos brinda: una noticia histórica, los aspectos de la enseñanza, de la investigación, de las publicaciones; una presentación de los problemas de dichas ciencias, así como las oportunidades de empleo y profesionalización dentro de las mismas.

En su noticia histórica Solari nos recuerda lo tardío de la colonización del Uruguay; la fundación de Montevideo a un siglo apenas de distancia de la entonces futura Revolución Emancipadora; la aparición asimismo tardía de la educación superior y universitaria. Esa misma noticia nos señala que el pensamiento social aparece en Uruguay con el saint-simonismo. Lamas retoma muchas de las ideas del argentino Alberdi y anuncia el advenimiento de las ideas socialistas, siendo por otra parte quien llama la atención hacia el hecho de que, “conquistada la independencia política,

no hemos logrado la civil, libertaria, artística industrial". (16). El eclecticismo de Cousin, por su parte, al predominar en Uruguay, repercute políticamente haciendo aparecer el "principismo", que ignora radicalmente la realidad nacional. El positivismo, por su parte, penetra principalmente al través de su versión inglesa; pero, en el momento de aplicarse a la realidad uruguaya, llega a ser manifiestamente inconsecuente. Dos son sus mayores representantes: Costa y Varela.

José Pedro Varela está influido por Spencer y Darwin (evolucionismo materialista). En él la reflexión social nace de la conciencia de la crisis en que vive el país. Frente a las revoluciones constantes piensa que deben existir causas productoras más profundas que la torpeza de los gobiernos, puesto que "los gobiernos no son causa del estado social, sino efecto de ese mismo Estado". Su diagnóstico de la realidad uruguaya consiste en señalar la desproporción entre las aspiraciones y los medios y en mostrar que el aumento de las necesidades, en vez de incrementar los hábitos de trabajo, ha impulsado a vivir a costa del Estado, lo cual se manifiesta en la hipertrofia burocrática. En el sector político hay un divorcio entre la ignorancia de las mayorías y el régimen democrático. La ignorancia secular se une a la ilustración extraviada, manteniendo una situación indeseable que la universidad contribuye a acentuar creando castas privilegiadas que no cumplen las funciones que el país requiere.

Angel Floro Costa (1838-1906) sustenta principios filosóficos materialistas. Al través de Darwin, pasa al organicismo novicowiano. Considera lo económico como básico para la sociedad y señala la importancia de las bases físicas de la sociedad (Uruguay como país es fértil), así como de las biológicas (Uruguay posee una baja mortalidad). Tanto la tendencia general de su pensamiento

como este énfasis en lo geográfico y lo demográfico le hacen pedir —como Varela— la realización de un censo. En sus observaciones sobre la sociedad uruguaya de la época registra rasgos psicológicos nacionales como el individualismo y la falta de espíritu científico. En sus diagnósticos considera que el latifundismo y la concentración de la propiedad territorial son males graves, y, al estudiar el liderazgo político, encuentra que el mismo descansa en el misterio de que se rodea el líder, que da a los demás una seguridad, pero una seguridad que oculta, en el fondo, pobres realidades. En relación con la independencia uruguaya la considera como una creación artificial en vista de considerandos geográficos y de otro tipo, y su mantenimiento que le parece —en un principio— imposible, llega a creerlo factible veintidós años más tarde, lo cual no obsta para que señale la importancia que tiene reconocer los vínculos económicos de la Cuenca del Plata y sin que importe para ello el que haya periclitado ya la idea de una posible unión política.

Al morir Costa llega la reacción anti-positivista a las universidades. Aparece el intelectual de café, autodidacto y nutrido de lecturas revolucionarias. Es la época en que se introducen doctrinas conectadas con el marxismo, al que se enfrenta la doctrina social cristiana recogida y difundida por la pastoral de Mariano Soler, que explica las encíclicas de León XIII. Por su parte, la doctrina de Vaz Ferreira —uno de los pensadores uruguayos de mayor estatura— es una búsqueda de la conciliación entre individualismo y socialismo, si bien Aldo Solari considera que finalmente es el suyo un individualismo ampliado.

Martínez Lamas, por su lado, en *Riqueza y pobreza del Uruguay* y en *Economía uruguaya* busca la reforma de la sociedad uruguaya, pero para reformarla la estudia dando mucha importancia a

las causas físico-geográficas y considerando: que la independencia es función de la geografía; que el desarrollo lo será de la demografía; que la psicología *no* es función únicamente de la raza, sino de ésta y del medio físico y social. En relación con la psicología social que así se explica, Martínez Lamas traza los caracteres y las deformaciones caarcterológicas rioplatenses. Por otra parte, con respecto a los problemas de la sociedad uruguaya, señala la importancia que en ellos tiene la macrocefalia de Montevideo. Solari (que deja constancia de sus criterios discrepantes de los del autor al que estudia) indica que, “en la verdad o en el error, la obra de Martínez Lamas es imprescindible para estudiar la realidad uruguaya”.

En relación con la enseñanza, Solari, tras de haber proporcionado en la misma noticia histórica la evolución de la enseñanza hasta fines del XIX, nos muestra, en lo actual, que las Ciencias Sociales se enseñan en el Uruguay en las Facultades de Derecho y Ciencias Sociales y en la de Ciencias Económicas y de la Administración, así como en cátedras aisladas; que la Demografía no se enseña en un país en el que sería de enorme importancia; que las Ciencias Sociales se hallan ausentes del primer ciclo de la enseñanza media en tanto que en el segundo sólo existe el Derecho. Esto hace que “del contenido real de las relaciones sociales los alumnos queden ignorantes, lo cual contribuye a acentuar el ‘juridismo’ de la mentalidad uruguaya, del que la situación actual es consecuencia”. (55) El factor de cambio para esta situación se encuentra en el Instituto de Profesores Artigas, en el que se prepara a los futuros educadores y donde se enseñan sociología general, sociología económica y política y sociología nacional. La importancia que esto tiene puede apreciarse si se considera que el magisterio —y los centros de preparación del

magisterio— constituyen (como dirían los franceses y en especial Michelle Mack) verdaderas placas giratorias (*plaques tournantes*) de las que depende en buena parte el cambio social, realicéese éste en un sentido meliorativo o peyorativo (puesto que el descuido en que se tiene a los centros de preparación de profesores y la anarquía que se deja reinar en ellos no son sino los pródromos de la anomia y de la desintegración social).

La orientación general de los programas —dentro de las limitaciones que impone la finalidad profesionalista— responde a las propuestas del profesor basadas en su orientación científica y en sus conocimientos. Sin embargo, se observa una irradiación de los programas más modernos (que Solari considera son los de la Facultad de Derecho), pudiendo observarse también un deseo general de estudiar la realidad uruguaya con enfoque sociológico.

El reclutamiento de los profesores de sociología se hace mediante la libre aspiración a la docencia, gracias a la cual la Universidad trata de obtener la colaboración de los más capaces, aunque éstos no tengan título universitario o hayan seguido la carrera docente. Frente a este sistema, Solari considera que ese mismo fin podría alcanzarse mediante la “docencia libre” que, en cambio, impediría la falta de estímulo para el profesorado de carrera. Las formas de remuneración, por otra parte, producen un sistema que él mismo califica de antidemocrático en cuanto —como hacía observar en cierta ocasión nuestro amigo y compañero Mario Monteforte Toledo— “es difícil, salvo caso excepcional y sacrificada vocación por la docencia, que alguien que esté en situación económica desfavorable pueda seguir la carrera docente”, (73) a lo cual agrega con frase muy precisa —que creemos puede aplicarse más o menos en todo el ámbito latinoamericano—: “El

profesorado se encuentra aún en la época heroica”.

La investigación institucionalizada ha nacido en el Uruguay de la enseñanza, ya que, conforme señala en el capítulo correspondiente el autor, si bien los métodos de enseñanza corresponden predominantemente a la exposición tipo “conferencia” con intercalación de preguntas, dudas y objeciones, es frecuente un complemento práctico que en el Instituto Artigas llega, conscientemente, a su máximo, buscando la participación activa de los estudiantes. “Sin embargo —dice Solari—, la actual escasez de recursos y personas, sumados al deseo de suplir deficiencias de la docencia, han hecho que los diversos planos de la investigación se conecten con la enseñanza de una manera que pienso no es beneficiosa ni para una ni para otra.” (79) Es así como, de las condiciones generales en que se desenvuelve, resulta que las investigaciones en ciencias sociales se muestran retrasadas con respecto a la enseñanza; están reducidas al puro cultivo universitario, sin que haya como en otros países instituciones privadas que las auspicien y utilicen, siendo consideradas además como “lujo individual al que la Universidad no tiene por qué atender”. (84) A lo cual hay que agregar, hasta época muy reciente, la imposibilidad que ha habido de colaboración debido a que no existía un número suficiente de especialistas.

Entre los institutos dedicados a la investigación en ciencias sociales, Solari menciona: el Instituto de Ciencias Sociales de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (dirigido por Ganón); el de Teoría y Política Económica y el de la Coyuntura Económica Nacional en la Facultad de Economía; el de Derecho Privado y el de Información en la de Derecho; el de Hacienda Pública y Estadística (Economía); el Instituto Uruguayo de Opinión Pública, y los Equipos del Bien Común (a partir de 1947) afi-

liados al Centro Latinoamericano de Economía Humana.

Tras listar algunas de las investigaciones realizadas (obviamente económicas en el caso del Instituto de Teoría y Política Económica, sociológicas en el caso de los Equipos del Bien Común con sus estudios sobre la familia en Montevideo, sobre la Estructura Económica Latinoamericana, sobre la Vivencia y la Familia, sobre la Situación y Perspectivas Demográficas en Latinoamérica), Solari considera que, si la primera etapa en la historia de las investigaciones fue la de la realización de pesquisas individuales, la segunda (en la que se encuentra Uruguay) es la de la institucionalización, debiendo de considerarse como tercera etapa la futura de consolidación de los institutos y de las investigaciones mismas, en la que se plantearán como problemas ineludibles dos: 1º, especialización interna (constitución de secciones dentro de los mismos); 2º, delimitación jurisdiccional y coordinación hacia el exterior. Estas necesidades son las que, percatémonos de ello o no, han aparecido ya en México. El Instituto de Investigaciones Sociales de México, desde su reorganización por el doctor Lucio Mendieta y Núñez, reconoció la necesidad de una división y especialización interna que no pudo tener en un principio plena vigencia, pero que actualmente puede y debe entrar plenamente en vigor. Por otra parte, tanto dentro del ámbito universitario como fuera de él (y en el ámbito universitario mismo, tanto en el centro del país como en los Estados), los centros de investigación en ciencias sociales se han multiplicado y se multiplican cada vez más (existen Institutos de Derecho, de Economía; una escuela de Ciencias Políticas, que también realiza investigaciones; un Centro de Planeación Universitaria, que asimismo las practica; un Departamento de Estadística en el que también pueden

realizarse, dentro de la U. N. A. M., están próximos a fundarse institutos estatales, y los hay también indigenistas, de la vivienda, etc.) La multiplicidad de instituciones a que hemos llegado en México impone, en efecto, una clara delimitación de funciones que impida la duplicación de esfuerzos; que impida asimismo la aparición de celos profesionales entre quienes deben considerar que participan en la común tarea de conocer las realidades sociales del país; que ponga de manifiesto la forma en que el esfuerzo y los resultados obtenidos por cada institución y por cada investigador en particular pueden engranar con los esfuerzos y resultados de las restantes instituciones e investigadores. Una amplia planeación de las investigaciones en México, como en Uruguay y como en los restantes países latinoamericanos, que hiciera los resultados comparables y conectables sería —como en otra conexión mostró el doctor Lucio Mendieta y Núñez en el Comité de Sociología Rural y Urbana de la Unesco— una aspiración loable, si bien la misma no debería entrar en colisión con esa otra aspiración —también muy respetable y que en esa ocasión expusiera la israelita Talmon Garber— tendiente a que cada institución (como cada país) pudiera disfrutar de un cierto grado de libertad en la programación de sus investigaciones. Planeación académica, por tanto, y planeación académica democrática.

Publicar en el Uruguay es difícil: por lo reducido del mercado de consumidores, que se reduce más cuando los temas que se tratan son especializados; por el alto costo de las ediciones; por el mayor atractivo que ejercen en el lector uruguayo las publicaciones extranjeras que las nacionales; por el menor atractivo que tienen fuera de Uruguay las publicaciones uruguayas por la especialización nacional de sus temas, y por lo inadecuado de la política distributiva. Todo

esto hace que para publicar sea necesaria: o la contribución del Estado o el sacrificio pecuniario del autor y ello implica —aunque Solari no lo diga— un peligro que en Uruguay puede ser menor que en otros países, pero que en todos existe: el peligro del control, que en esta forma está capacitado para ejercer sobre las ideas y sobre los resultados de las investigaciones el propio Estado. Este panorama se aclara un poco por la existencia de un renglón presupuestario permanente e importante en la Facultad de Derecho, en la que se cuenta con una biblioteca de publicaciones que ya rebasa el centenar de volúmenes. En cuanto a revistas, si se exceptúan las especializadas en Derecho, no existen órganos periódicos dedicados a la Sociología o a las Ciencias Sociales en general. Sin embargo, la proliferación de las revistas jurídicas produce en ellas un hambre de materiales que se satisface con artículos referentes a otras ciencias sociales, siempre que se refieran a la realidad uruguayana, ya que los artículos sobre aspectos teóricos de las ciencias sociales o de la sociología son prácticamente impublibles fuera de la Revista de la Facultad de Derecho (con todo lo que esto significa en cuanto al progreso de la disciplina en cuanto a su porción cimentadora).

El panorama general, por lo que a las oportunidades de empleo y profesionalización en ciencias sociales se refiere, muestra una limitación de las mismas derivada de que los especialistas son pocos; de que se concentran en la universidad; de que la necesidad de sus servicios se reconoce muy lentamente; de que el medio social no ha adquirido suficiente conciencia de sus problemas como para sentir la necesidad de la especialización; de que quienes sienten la necesidad de tales especialistas no saben adónde encontrarlos. Solari considera —situación de contraste, como lo es también, aunque mínima, la toma de conciencia diferen-

cial en ambas sociedades, con respecto a México— que “el hecho de que, salvo para la Economía y para el Derecho, no exista un título académico para las otras ciencias sociales conspira contra el reconocimiento de la importancia de éstas y para que el especialista adecuado no sea llamado para resolver los problemas que se plantean con vigor creciente”.¹³² En México existe el título; muchos sectores sienten ya la necesidad de los especialistas correspondientes; pero, sin embargo, no se conecta siempre una cosa con otra, y en el gobierno mismo es frecuente que, **para estas tareas especializadas, se emplee a improvisados.** El divorcio que esto representa entre la necesidad y sus satisfactores adecuados (problemas sociales de México, por una parte, y egresados técnicos de Ciencias Políticas y Sociales, por otra), irá agudizándose hasta convertirse a su vez en problema y obligar a quienes no han podido prever su aparición y evitarlo, a que den reconocimiento a las carreras de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales y, con ello, protejan su ejército.

Acabábamos de escribir las líneas anteriores cuando, al llegar al capítulo VI del libro de Solari sobre los problemas de las ciencias sociales en Uruguay, nos encontramos con los siguientes párrafos significativos con los que queremos terminar esta nota, porque, en más o en menos, en unos sí y en otros no, de entre nuestros países, muestran en toda su crudeza la que es y seguirá siendo por pocos o muchos años (según lo quieran quienes tienen en sus manos las decisiones correspondientes) el problema fundamental de la relación política-ciencia social en nuestros países:

“Es imposible escribir una historia de las relaciones entre la técnica y la política en el Uruguay. Creo que puede decirse, sin injusticia, que la clase política ha utilizado a los técnicos en ciencias sociales cuando tal cosa ha sido inclui-

ble y con una dosis bastante elevada de escepticismo y de desconfianza. Las causas profundas de esto no pueden ser estudiadas aquí; la causa inmediata puede decirse que reside en un divorcio entre lo que, con cierta libertad de lenguaje, podría llamarse la clase universitaria y la clase política. Este divorcio tiene numerosas manifestaciones, entre las cuales debe colocarse en primer plano la crítica a veces despiadada, con que los universitarios han fugitado a los gobiernos, a su falta de planes, a su desconocimiento de la realidad del país. Los políticos han reaccionado no tratando de subsanar los defectos reales que esa crítica señalaba, sino ignorándola. Si a veces los técnicos han ido demasiado lejos sosteniendo implícitamente las bondades de una tecnocracia e ignorando las necesidades a las que responde la política, el hecho es que la clase política ha mostrado una desmedida despreocupación por los resultados de los estudios científicos sobre la realidad nacional. Y esta situación redundante, sin duda, en perjuicio del país.” (151)

MONTENEGRO, Abelardo F., *A Ciência Política no Brasil e outros artigos*. Fortaleza, Ceará, 1956, p. 46.

Esta recopilación de artículos —como la mayoría de las de su tipo— se resiente de una cierta falta de unidad interna. Como que un artículo es, en mayor o menor grado, una unidad completa de por sí, o que aspira a serlo, mientras que un libro es una cadena formada por eslabones que vale más por la unión conjunta de todos que por la unidad aislada de cada uno. Y, en este sentido, nos parece que para pasar de la reunión de artículos a la unificación propia del libro es preciso tanto agrupar y seriar convenientemente como someter a cada unidad a una cierta remanipulación: a